

CON DUMMIES ES MÁS FÁCIL



La Primera Guerra Mundial

para
dummies[®]



Entiende
el origen y las causas
de la guerra

Conoce las grandes batallas
libradas por tierra, mar y aire

Averigua cómo cambió
el mundo a raíz
del conflicto

Seán Lang

Profesor de Historia



La Primera Guerra Mundial

para
dummies[®]

Seán Lang

para
dummies[®]

Edición publicada mediante acuerdo con Wiley Publishing, Inc.
...For Dummies, el señor Dummy y los logos de Wiley Publishing, Inc. son marcas registradas
utilizadas con licencia exclusiva de Wiley Publishing, Inc.

Título original: *First World War For Dummies*

© 2014 by John Wiley & Sons, Inc.
© de la traducción, Alexandre Casanovas, 2019

© Centro Libros PAFP, SLU 2019
Grupo Planeta
Avda. Diagonal, 662-664
08034 – Barcelona

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ISBN: 978-84-329-0568-1
Depósito legal: B. 23.360-2019

Primera edición: noviembre de 2019
Preimpresión: Pleka scp
Impresión: Black Print

Impreso en España - Printed in Spain
www.dummies.es
www.planetadelibros.com

Batalla letal por los Balcanes	47
La crisis de julio	52
Entonces... ¿qué provocó la guerra?	56

PARTE 2: EUROPA EN GUERRA, 1914-1916

CAPÍTULO 3 **1914, la Primera Guerra Mundial empieza aquí**

La guerra que todos estabais esperando... ¡tiene que acabar antes de Navidad!	62
¡Por fin, tíos, vamos a la guerra!	62
Pero ¿todos estaban tan contentos?	63
¿Nos conocemos? Los ejércitos europeos en 1914.	64
Austria-Hungría: Estado dividido, ejército dividido	65
Francia: el Estado receloso de su propio ejército.	65
Alemania: el Estado militarizado	66
Gran Bretaña: profesional, pero reducido.	67
Rusia: gran ejército, grandes problemas	70
Pelear por el oeste.	70
El dilema de Alemania, y el (poco astuto) Plan Schlieffen. . .	71
¿Alguien sabe cómo ganar esta guerra antes de Navidad?	73
¡Soldados de Francia, a la carga!	73
La batalla por Bélgica	75
La batalla por París	79
Cavar para ganar: las trincheras	81
Tragedia en el frente oriental.	83
Contemplad a los titanes de Tannenberg	83
Nuevo hombre, nuevas prioridades	85
El dilema del general Conrad	86

CAPÍTULO 4 **1915, planes ingeniosos para ganar la guerra** ..

Aires de victoria en el oeste	92
¡Adelante! ¡Es la hora!	93
Necesitamos más munición.	94
La forma alemana de ganar	95
Cómo romper el frente occidental y ganar la guerra en un año	95
Batalla de nervios en Neuve Chapelle	96
La letal segunda batalla de Ypres	97
Recordad, lucháis por el rey, por la nación... y para que yo conserve el puesto: la cresta de Aubers ..	99
Luchar en Loos, perder en Loos	100
Cómo no ganar la batalla de Champagne	100
Cómo ganar la guerra el año que viene.	101
Hacer retroceder a los rusos; decir adiós a los serbios	102
Ventilarse a Polonia	102
El canto del cisne de Serbia	105

Sumario

INTRODUCCIÓN	1
Sobre este libro	2
Algunas suposiciones	3
Iconos usados en este libro	3
¿Y ahora qué?	4
PARTE 1: EL ORIGEN DE LA GUERRA	5
CAPÍTULO 1 El mundo en 1900	7
El estado de las cosas: una visita al mundo de 1900	8
Todos quieren gobernar el mundo; y los europeos mandan	8
Caídos, pero no muertos: los tigres y dragones asiáticos. . .	15
El nuevo imperio de Occidente: Estados Unidos de América.	17
Los nuevos vecinos: Canadá, Terranova, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica.	20
África repartida.	21
Cómo vivía la gente: un mundo de extremos	25
Guerreros urbanos: las ciudades del mundo	25
Gente de campo: vivir de la tierra.	27
Cómo pensaba (cierta) gente: ideas nuevas para un mundo nuevo	28
Es arte y música, pero no como hasta ahora	28
Los secretos de la mente: Freud, Jung y el psicoanálisis. . .	29
El intrigante mundo de la física	30
Cuando llega la revolución.	30
Apañarse con lo que hay: construir un mundo mejor	31
La Cruz Roja	31
Las Convenciones de La Haya.	31
CAPÍTULO 2 Una mala gestión de la crisis: las causas de la Primera Guerra Mundial	33
Hi-ho, hi-ho, a la guerra me voy yo	34
Los hombres de verdad hacen la guerra.	34
¡Dios está de nuestro lado! ¡No, del nuestro!	35
Para resolver los problemas, ¡necesitas una guerra!	35
Entender cómo (y por qué) empezó la Primera Guerra Mundial . .	38
¡Sal de mi tierra! Nacionalismo	38
Quiéreme, quiere a mi aliado: las grandes potencias rivales	39
Una crisis internacional tras otra	44

Esto parece divertido: ¿podemos jugar? Italia y Bulgaria entran en la guerra	107
Italia: vigilar al número 1	108
Bulgaria: escoger a un ganador	109

CAPÍTULO 5 1916, las grandes batallas 111

Grandes planes: gran ofensiva	112
Woodrow Wilson: buscar una solución a la desesperada	112
Chantilly: encaje de líderes	113
Falkenhayn estropea el desfile aliado	114
Una lucha a vida o muerte: la batalla de Verdún	114
El asalto alemán	115
¡No pasarán!	116
Desangrar a Francia	118
Adiós, Falkenhayn. ¡Hola, Hindenburg!	119
El final de la inocencia británica: la batalla del Somme	120
Empieza la Gran Ofensiva	121
El ejército de Kitchener está en camino	121
Los planes se tuercen: derechos al desastre	122
El día más negro del ejército británico	124
Aprender las lecciones	126
Combatir en una guerra de desgaste	126
Sangre y barro	127
El frente oriental: esperanzas frustradas	129
El último adiós de Rusia	129
Rumanía se apunta, y recibe una paliza	131

PARTE 3: UN MUNDO EN GUERRA 133

CAPÍTULO 6 Bienvenido al mundo de las trincheras 135

Negociar las trincheras del frente occidental	136
Navegadores de última generación para las trincheras	136
Fumar perjudica seriamente la salud. No, en serio	138
Los peligros de la lluvia y el barro	140
No se admiten mascotas: excepto ratas y piojos	141
La guerra aburrida	141
Salir de la trampa de las trincheras	143
Cómo hacer una incursión en una trinchera enemiga	143
Cómo atacar las líneas enemigas	144
Bajo tierra	146
Encargarse de los hombres que no podían —o no querían— luchar	147
Tratar las heridas (y a los heridos)	147
Curar la mente	149
Ocuparse de los amotinados y desertores	149
¿Sin prisioneros?	152

CAPÍTULO 7	Guerra en el mar, guerra en el aire	153
	Poderío naval = gran potencia: dominar los mares	153
	Actualizaciones e innovaciones: acorazados y destructores	155
	Corsarios y bloqueos	156
	¡Hundid al <i>Emden</i> !	157
	Coronel y las Malvinas	158
	U-Boote y buques Q	158
	Solo ante el peligro en alta mar: la batalla de Jutlandia	166
	El plan del almirante Scheer	167
	La batalla de los cruceros	168
	¿Quién ganó la batalla de Jutlandia?	169
	¿Jutlandia tiene importancia?	170
	Controlar los cielos	170
	Un dirigible se llevó mi hogar	171
	¡Avión!	173
CAPÍTULO 8	Delicias turcas	179
	Los otomanos y su imperio decadente: una forma de salir adelante	179
	¿La vieja Turquía?	180
	Mandar no es tan fácil como parece	181
	Queremos ser vuestros amigos: los alemanes seducen a los turcos	181
	¡Esto es la guerra! Contra un bando. O quizá contra el otro	182
	¿No tienes bastante con una guerra mundial? ¡Pues toma guerra santa!	185
	Caos en Mesopotamia	186
	Desastre en los Dardanelos	187
	Oh, Winston tiene una gran idea	187
	Fase 1. El ataque naval, o “cómo no obtener una victoria rápida”	189
	Fase 2. El desembarco, o “cómo no coger al enemigo por sorpresa”	190
	Que vienen los ingleses... ¡al rescate!	193
	¿Nos quedamos o nos vamos?	195
	La primavera árabe	196
	Las tierras de Arabia se rebelan	196
	Cuando Sykes encontró a Picot	197
	¡Espera un momento! Pero ¿los turcos no estaban ganando?	197
	La tierra doblemente prometida: la Declaración de Arthur Balfour	198
	¡A Jerusalén y más allá!	199
CAPÍTULO 9	La guerra imperial	203
	Un World of Warcraft imperial	204
	Zafarrancho de combate: los soldados coloniales	204

	Expulsar a los alemanes (de África)	206
	Vamos a quitarnos a esos alemanes de encima: el Pacífico	210
	Imperios en el frente occidental	211
	La forja de las identidades nacionales	216
	Bajo el cielo del sur: Australia y Nueva Zelanda	217
	Las aspiraciones de la India	218
	El Alzamiento de Pascua: la terrible belleza de Irlanda	219
	¿Un Estado imperial?	221
CAPÍTULO 10	Estados Unidos entra en guerra	223
	El mundo de Woodrow Wilson	223
	El crisol americano	224
	¡No vayáis! Los aislacionistas de Estados Unidos	225
	¡Cuidado con los U-Boote!	226
	¡Nos ha mantenido fuera de la guerra! Las elecciones de 1916	227
	¿Recuerdas que el presidente nos mantuvo al margen? Pues ha cambiado de opinión	229
	¿En qué estaban pensando los alemanes?	231
	Cuando obtengamos la victoria: los Catorce Puntos de Wilson	233
	Preparados para la acción: un país en guerra	235
	El frente doméstico	235
	Por qué luchamos	237
	¡Que vienen los yanquis!	237
	Ya estás en el ejército	238
	¡Lafayette, ya hemos llegado!	239
	Aprender a las malas	240
	En la batalla	241
PARTE 4:	EL ARMISTICIO Y SUS REPERCUSIONES, 1917-1918	243
CAPÍTULO 11	1917: el año de los grandes cambios	245
	Revolución en Rusia	246
	La Rusia de los Romanov	246
	¡Revolución!	248
	Con novedades en el frente occidental	254
	La letal retirada alemana	255
	El (no tan) brillante general Nivelles tiene un plan	256
	¡El mariscal de campo Haig tiene un plan mejor!	260
	Cambrai, el día del tanque	264
	El día más negro de Italia: Caporetto	265
CAPÍTULO 12	1918: victoria y derrota	269
	Primavera para Alemania	270
	La apuesta del general Ludendorff	270

El combativo Foch	273
A mi orden, ¡que se desate el infierno! La batalla del káiser.	274
Comprender el porqué del derrumbe del avance alemán.	277
La caída: el contraataque aliado de los cien días	279
La batalla de Amiens	280
Final de partida en el frente occidental	281
Final de partida en todos los frentes	283
Los turcos hacen las maletas en Palestina: la batalla de Armagedón	283
La venganza de Italia: la batalla de Vittorio Veneto	285
Grandes cambios en Salónica	287
¿Dónde ha ido Austria-Hungría? ¡Pero si hace un momento estaba aquí!	288
Ocaso en el mar	288
Mejor nos buscamos un nuevo gobierno: Alemania implosiona.	289
Los combates llegan a su fin	291
Servir en el ejército hasta el último momento	291
El último acto de los alemanes	292

CAPÍTULO 13 Las repercusiones: el mundo después de la guerra	293
Hacer las paces en París	294
Resolver quién ha ganado y quién ha perdido	294
Sentarse a hablar: la conferencia de paz.	295
¡Firma ya! Los tratados de paz.	305
Aturdidos y desconcertados: Alemania	305
Ampliar la humillación: los aliados de Alemania.	308
Turquía: a grandes males, grandes remedios.	308
Los nuevos socios del club europeo	309
La Sociedad de Naciones y su defecto de base	311
¡Pasen y vean! ¡Únanse a la Sociedad de Naciones! Vale, pues entonces la Sociedad de unas Cuantas Naciones	311
¿Qué diferencia hay entre un mandato y una colonia?	312
De una guerra mundial a dos guerras civiles; y mucha agitación social	314
¿Un mundo nuevo?	315
Viviendas dignas de un héroe	315
Todos los seres humanos son iguales... ¿o no?	316
El recuento de víctimas	316

PARTE 5: LOS DECÁLOGOS	319
CAPÍTULO 14 Diez grandes películas sobre la Primera Guerra Mundial	321
<i>La batalla del Somme (The Battle of the Somme,</i> Geoffrey Malins y John McDowell, 1916)	322
<i>¡Armas al hombro! (Shoulder Arms,</i> Charlie Chaplin, 1918)	322
<i>Sin novedad en el frente (All quiet on the Western Front,</i> Lewis Milestone, 1930)	323
<i>La gran ilusión (La Grande Illusion,</i> Jean Renoir, 1937)	323
<i>Senderos de gloria (Paths of Glory,</i> Stanley Kubrick, 1957)	323
<i>Lawrence de Arabia (Lawrence of Arabia,</i> David Lean, 1962)	324
<i>¡Oh, qué guerra tan bonita! (Oh! What a Lovely War,</i> Richard Attenborough, 1969)	324
<i>Gallipoli (Gallipoli,</i> Peter Weir, 1981)	325
<i>Regeneración (Regeneration,</i> Gillies McKinnon, 1997)	325
<i>Flyboys: héroes del aire (Flyboys,</i> Tony Bill, 2006)	325
CAPÍTULO 15 Diez visitas muy reveladoras	327
Imperial War Museum, Londres	327
Museo de Historia Militar, Viena	328
Lonja de Paños, Ypres	328
Galípoli	329
Edith Cavell Memorial, Londres	329
Historial de la Grande Guerre, Verdún	329
Beaumont Hamel	330
Thiepval	330
Brighton Chattri	331
Soldado Durmiente, Múnich	331
ÍNDICE	333

Los distintos países: naciones nuevas y viejas**Vivir la vida: las clases alta, media y baja****Personas con un sueño: nuevas ideas radicales****Convertir el mundo en un lugar mejor: nuevas ideas que no llegaron a triunfar**

Capítulo 1

El mundo en 1900

Cuando termina un siglo y comienza el siguiente, la gente se deja llevar por el entusiasmo. Ese entusiasmo, sin embargo, nunca había sido tan evidente como en el año 1900, cuando el siglo XIX llegó a su fin. En los últimos cien años se habían producido tantos cambios en la tecnología y el estilo de vida de la gente que una persona que hubiera vivido un siglo antes apenas habría podido reconocer el mundo de 1900. Esa transformación fue más evidente en los países industrializados de Europa, Norteamérica y Australasia, pero los habitantes del resto del mundo también sufrieron muchos cambios gracias a los occidentales que decidieron hacerles una visita y modificar su estilo de vida, tanto si les gustaba como si no.

En 1900, los trenes y barcos a vapor ya podían conectar los lugares más remotos del mundo con mayor rapidez y comodidad; el telégrafo eléctrico podía enviar mensajes a miles de kilómetros en cuestión de segundos; los ingenieros desarrollaban automóviles más eficientes y pronto enviarían aviones a surcar los cielos. La medicina avanzaba a toda velocidad: en 1900 ya se utilizaban los antisépticos, los rayos X y las vacunas contra un amplio espectro de enfermedades. El nuevo siglo no podía pintar mejor. Y así lo creía la mayoría de la gente. Pero las cosas iban a cambiar a peor. Y de qué manera.

Cuando empezó la Primera Guerra Mundial, el siglo XIX terminó de repente y dio paso al desconcertante siglo XX. En este capítulo echo un

vistazo al mundo que engendró la guerra y que acabó destruido por ella: el mundo del nuevo siglo, el mundo de 1900.

El estado de las cosas: una visita al mundo de 1900

Los contrastes entre el mundo de los países industrializados y sus subdesarrolladas colonias de ultramar eran enormes. Los conflictos entre países no son nada nuevo, y ya estaban presentes a comienzos del siglo xx. En este apartado analizaré esos conflictos y la amenaza que representaban en el mundo de 1900.

Todos quieren gobernar el mundo; y los europeos mandan



RECUERDA

El mundo anterior a 1914 estaba tan dominado por Europa que era fácil olvidar que había vida en el resto del planeta. De hecho, los europeos tendían a ver el mundo de esta forma. Las grandes potencias europeas tenían colonias en todo el mundo; gracias a su presencia, sus lenguas se hablaban en todas partes y su forma de vestir se imponía en los ambientes formales, mientras otros estilos pasaban a considerarse “tradicionales”, “exóticos” o “nativos”. La dominación europea implicaba que el mundo entero debía tener el ojo puesto en las relaciones que mantenían aquellos Estados todopoderosos. Y lo cierto es que las perspectivas eran preocupantes.

Los Estados desunidos de Europa

El panorama político europeo del siglo xix había cambiado por la irrupción de varias ideas nuevas. Dos de las más importantes eran las siguientes:

- » **El nacionalismo.** Esta idea sostiene que la identidad étnica y cultural de un pueblo (o sea, de una nación) es importante, y que cada nación debe tener su propio Estado. Algunos países, como Francia o España, tenían sus propios Estados desde hacía mucho tiempo; el nacionalismo llevó a otros, como Italia o Alemania, a crear los suyos y a alterar las fronteras internas de Europa durante el siglo xix, aunque solo después de muchas batallas. Pero otros pueblos, como los serbios del sudeste de

Europa, los irlandeses, los judíos y —algo más lejos— las distintas comunidades de la India, tenían un sentimiento de identidad nacional, pero no un Estado nación. Todavía.

- » **El socialismo.** Esta idea parte de los textos de Karl Marx y sostiene que la identidad de una persona no debería basarse en su nacionalidad, sino en su clase social. Marx sostenía que los trabajadores de las distintas naciones tienen más cosas en común entre ellos que con las clases medias y altas de sus respectivos países.

La Europa de 1900 estaba dominada por la burguesía industrial, que poseía las fábricas del continente, y que cada vez contaba con mayor riqueza y poder. Marx predicaba que los trabajadores debían unirse en una revolución mundial para derrocar a la burguesía, y así arrebatarse el control de los medios de producción a unos ricos industriales que se llevaban todos los beneficios. El sueño final de Marx era que los trabajadores del mundo construyeran una sociedad igualitaria que estuviera gobernada por y para la gente corriente. En el año 1900, el socialismo era el motor de un movimiento sindical masivo en toda Europa.

Como era de esperar, las clases dominantes del continente consideraban estas ideas subversivas y muy peligrosas, y temían una revolución de la clase trabajadora. Así que... ¿y si agitamos un poco las banderas y ganamos una guerra para borrar de la mente de los trabajadores estas nuevas ideas socialistas? Ciertos políticos europeos creían que valía la pena intentarlo.

Los Estados imperialistas

Tener colonias de ultramar no era una opción para los Estados europeos del siglo XIX: era algo así como una obligación, la definición de lo que era una potencia mundial, y por eso las naciones más poderosas tenían colonias en los cinco continentes. Países como Francia o Gran Bretaña tenían colonias desde hacía siglos, aunque otros, como Alemania e Italia, se habían apuntado al imperialismo relativamente tarde, en el siglo XIX. Incluso un país tan pequeño como Bélgica creía que debía tener un imperio de ultramar si quería que lo tomaran en serio. Por eso invadió el Congo, un enorme territorio en África oriental, mucho más grande que la propia Bélgica.

Casi toda África, un vasta extensión de terreno mucho mayor que Europa, cayó bajo el dominio del Viejo Continente durante los últimos veinte años del siglo XIX, y sus colonizadores la cambiaron por completo, redibujando sus fronteras, adueñándose de sus materias pri-

mas y, con frecuencia, obligando a sus habitantes a realizar el trabajo más duro por ellos. Incluso aquellos países que parecían independientes estaban bajo dominio europeo. Por ejemplo, China era un Estado independiente, pero estaba dominada por las potencias occidentales. Algunas repúblicas latinoamericanas dependían tanto de las inversiones británicas que los historiadores las consideran una parte “informal” del Imperio. Técnicamente, los británicos no gobernaban aquellas repúblicas y su territorio no salía pintado de rojo en los mapas, pero a efectos prácticos eran sus colonias.

Con la siguiente lista podrás hacerte una idea de la enorme cantidad de territorios que dominaban las potencias europeas en 1900. ¡Y la lista no es exhaustiva!

- » **Gran Bretaña** dominaba un vasto imperio global que incluía la India, Ceilán (hoy Sri Lanka), Birmania, Singapur, Hong Kong, la mayor parte del sur de África, Kenia, Uganda, Egipto, Sudán y una parte de Somalia, Nigeria, Gambia, las islas del Caribe (como Jamaica, Trinidad, Tobago, Granada, San Cristóbal y las Bermudas), las islas del Pacífico (como Tonga, las Islas Salomón, Nueva Guinea y Borneo), Gibraltar, Malta, Chipre y una serie de grandes dominios con gobiernos autónomos, como Canadá, Terranova, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda.
- » **Francia** controlaba un imperio global gigantesco, que incluía Argelia, Túnez, Marruecos, una gran parte de África occidental (incluyendo Senegal, Costa de Marfil, Madagascar, el Chad y el Congo francés), las Seychelles, Polinesia, Nueva Caledonia, Guadalupe, la Martinica e Indochina (los actuales Vietnam, Laos y Camboya).
- » **Alemania** tenía colonias en África, que incluían Togo, Camerún, África del Sudoeste, Ruanda y Tanganica, así como dominios en el Pacífico, como las islas Marshall, las islas Mariana y Carolina, Samoa y Kiau-Chau en China.
- » **Italia** había conquistado Trípoli, la Somalia italiana, Eritrea y las islas del Dodecaneso.
- » **Bélgica** gobernaba el enorme territorio del Congo.
- » **Los españoles, portugueses y holandeses** todavía conservaban algunas colonias de ultramar que habían conquistado siglos atrás.

Por su parte, Estados Unidos también estaba construyendo su imperio en el Pacífico y el Caribe.

Imperios enemistados, imperios pactados

Quizá te estés preguntando para qué querían los europeos todos esos territorios. En la mayoría de los casos, les interesaban los beneficios económicos que podían extraer de ellos: por ejemplo, mientras el nuevo siglo daba sus primeros pasos, Gran Bretaña estaba enfrascada en la guerra de los bóeres en Sudáfrica, básicamente para controlar las abundantes minas de oro de la región (aunque los británicos no lo decían en voz alta). Pero los países occidentales también creían que, como su cultura era más avanzada a nivel tecnológico que la de otras partes del mundo (lo que era cierto), su dominio sería más beneficioso para los pueblos que controlaban (lo que es más discutible).

En algunos casos, los Estados europeos conquistaban un nuevo territorio para impedir que otras potencias lo controlaran, aunque no valiera la pena. La construcción de un imperio tenía que ver con las rivalidades existentes entre los países europeos. Por ejemplo, Francia y Gran Bretaña casi entran en guerra en 1898 por una disputa sobre una pequeña ciudad de Sudán (más detalles en “¡Fastidia a los franceses! ¡Y fastídalos otra vez!” en este capítulo). El temor a una guerra impulsó la Entente franco-británica de 1904, un acuerdo entre ambos gobiernos para repartirse África. En 1907, los británicos firmaron un acuerdo parecido con Rusia para decidir quién controlaba qué en Asia oriental. Estas ententes demuestran la estrecha relación entre los asuntos europeos y los coloniales.

Hazte a un lado: los alemanes quieren su parte

El gran canciller alemán, Otto von Bismarck, nunca demostró interés por las colonias de ultramar. Creía que Alemania debía dedicarse a ganar territorios en Europa. Pero ni siquiera él fue capaz de resistirse a la presión del público y de los inversores alemanes, que demandaban la conquista de territorios en África y el Pacífico. Llegó a tener incluso un archipiélago con su nombre en el Pacífico, aunque es probable que no se sintiera demasiado impresionado.



RECUERDA

Cuando el káiser Guillermo II subió al trono, convirtió la conquista de territorios coloniales en la mayor prioridad de Alemania. Decía que Alemania quería su lugar en el mundo, junto a los británicos y los franceses. El deseo de poseer nuevas colonias de ultramar también implicaba que Alemania necesitaría una gran armada, lo que sirvió como excusa para que el almirante Tirpitz pusiera en marcha un programa de desarrollo naval que desencadenaría una verdadera escalada entre británicos y alemanes (ve al capítulo 7).

Imperios en problemas

En 1900 también había imperios en Europa que no podían ejercer su dominio sobre el resto del mundo con tanta seguridad. Algunos se enfrentaban a serios problemas:

- » **Austria-Hungría.** El Imperio austrohúngaro tenía que esforzarse mucho para mantener unidos sus distintos grupos étnicos. Era consciente de que sus días de gloria militar habían quedado atrás, y que, si quería entrar en guerra con cualquier gran potencia europea, necesitaría el apoyo de su aliado, Alemania.
- » **El Imperio otomano (Turquía).** sus posesiones comprendían Siria, Palestina, Jordania, Arabia (Hiyaz), Mesopotamia, Armenia, el norte de África y el sudeste de Europa, pero antes de 1900 ya se había visto obligado a conceder la independencia a una parte de sus dominios europeos, mientras franceses, italianos, rusos y británicos maniobraban para quedarse con los territorios turcos del Cáucaso y del norte de África (en el capítulo 8 analizo al detalle el Imperio otomano).
- » **Rusia.** Rusia era gigantesca, pero estaba muy retrasada en comparación con sus imperios rivales. Estaba menos industrializada y, aunque el ejército ruso era enorme, todo el mundo sabía que estaba mal organizado y que era ineficiente.

Las naciones sin Estado

En 1900 había varios pueblos que tenían un fuerte sentimiento de identidad nacional pero no contaban con su propio Estado. Esto no quería decir que no quisieran tener el suyo, y con todas sus fuerzas. Aquí tienes unos cuantos ejemplos:

- » **Los checos.** Los checos poblaban Bohemia y Moravia, regiones que pertenecían al Imperio austrohúngaro. Bohemia contaba con una larga historia como reino independiente, y los checos no acababan de entender por qué no podían volver a ser un país soberano. El problema era que ni los austríacos ni los húngaros pensaban lo mismo, y como eran los que controlaban el imperio, a los checos no les quedó más remedio que aparcar temporalmente sus sueños. Pero, claro, si un día se hunde el Imperio austrohúngaro, entonces...
- » **Los irlandeses.** Irlanda había quedado anexionada a Gran Bretaña un siglo antes, pero los nacionalistas nunca aceptaron aquella unión y pusieron en marcha una guerra de guerrillas

para fundar un Estado separado. El problema era que muchos nacionalistas eran católicos, y la población protestante de Irlanda no estaba convencida de querer vivir en una Irlanda dominada por otro grupo religioso; de hecho, estaban convencidos de todo lo contrario. La división entre católicos y protestantes en Irlanda era tan grave que, en 1914, parecía que el país podía verse envuelto en una guerra civil.

EL AÑO QUE VIENE EN JERUSALÉN; O QUIZÁS EL SIGUIENTE

Durante siglos, las comunidades judías de todo el mundo han celebrado la Pascua con las palabras “El año que viene en Jerusalén», expresando así su deseo de pasar la próxima Pascua judía en la ciudad. No parecía que tuvieran muchas posibilidades de conseguirlo hasta bien entrado el siglo XIX, cuando un joven periodista austríaco llamado Theodore Herzl, inspirado por el éxito de movimientos nacionalistas europeos como el alemán y el italiano, escribió un libro en el que expuso la necesidad de que los judíos de todo el mundo pudieran disponer de un hogar propio en Palestina.

El movimiento nacionalista de Herzl recibió el nombre de *sionismo*, de Sion, el antiguo nombre de Jerusalén. El problema de Herzl y los sionistas era que Palestina formaba parte del Imperio otomano, y aunque siempre parecía que estaba al borde del colapso, mientras las grandes potencias europeas se pasaban el día fantaseando con el trozo que se quedarían cuando se desmembrara, no había nadie con poder e influencia que se planteara la posibilidad de regalar una parte de los dominios turcos a los judíos para que crearan su propio Estado. El sueño de Herzl requeriría mucho tiempo, muchas negociaciones y una situación diferente en Europa antes de hacerse realidad.

- » **Los judíos.** Los judíos fueron expulsados de Judea en los tiempos del Imperio romano, y durante los siglos siguientes se dispersaron por todo el mundo. Había grandes comunidades judías en lugares tan distantes como Rusia, Inglaterra, Sudáfrica, Siria, Francia, Egipto y Estados Unidos. Independientemente de su destino final, el pueblo judío nunca perdió la esperanza de que un día podría volver a su antigua morada.

- » **Los polacos.** Polonia había desaparecido por completo del mapa de Europa a finales del siglo XVIII: se la habían tragado sus vecinos, Alemania, Austria-Hungría y sobre todo Rusia. Pero los polacos nunca olvidaron que, en el pasado, su tierra había sido una nación grande y poderosa, y deseaban que volviera a ser así.
- » **Los serbios.** De todos los sueños nacionalistas de la Europa de 1900, el serbio demostraría ser el más importante. Los serbios son uno de los pueblos eslavos de la región balcánica y, como sus vecinos griegos, búlgaros y rumanos, llevaban siglos bajo el dominio otomano. También como sus vecinos, los serbios habían logrado independizarse de los turcos, pero con aquello no tenían bastante. Soñaban con la creación de un Estado eslavo que incluyera a los habitantes de Bosnia, Herzegovina, Croacia y Eslovenia; querían toda la gran área del sudeste de Europa que recorre la costa adriática. El problema de los serbios era que una parte del territorio donde tenían puestas sus esperanzas estaba bajo control turco, mientras que el resto pertenecía al Imperio austrohúngaro.

¿DE QUIÉN ES ESTA TIERRA? BOSNIA-HERZEGOVINA

Bosnia y Herzegovina son dos regiones unidas. En 1900 estaban en la zona fronteriza entre los imperios otomano y austrohúngaro. El resto de los europeos solían ver a Bosnia-Herzegovina como una región remota e insignificante que sin duda encajaba en la sección “nombre loco, gente loca», pero aquella visión no podía ser más errónea: el destino de Bosnia y Herzegovina acabaría teniendo una importancia política de primer orden para todo el continente.

La población de Bosnia-Herzegovina era muy variada: incluía a serbios (que pertenecían a la Iglesia ortodoxa griega), croatas (que eran católicos) y bosnios (que eran musulmanes). Durante siglos, la región había estado bajo dominio turco —de ahí la población musulmana— y en 1900 todavía formaba parte del Imperio otomano, al menos oficialmente. Según un tratado internacional firmado en 1878, el territorio estaba gobernado por funcionarios del Imperio austrohúngaro. Aquel acuerdo parecía contentar a todo el mundo, menos a los serbios. Los serbios querían Bosnia-Herzegovina, y la querían ya.

Caídos, pero no muertos: los tigres y dragones asiáticos

La influencia europea se extendía por todo el planeta, pero no impedía que algunos pueblos asiáticos quisieran reafirmar su identidad e intentaran tomar las riendas de su destino. Los resultados fueron agridulces.

El dragón derrotado: China

Se cree que fue Napoleón quien dijo que el día que China despertase, el mundo temblaría. Lo que quería decir era que la China del siglo XIX era enorme, con una población tan numerosa que dejaría en ridículo a cualquier ejército que Europa pudiera enviar, aunque parecía que el país se había dormido en algún momento de la Edad Media y no había vuelto a despertar.

China estaba gobernada por una dinastía imperial que casi nunca cruzaba los muros de la Ciudad Prohibida de Pekín, y que apenas creía en la existencia de un mundo más allá de las fronteras chinas. Mantenía a la enorme población campesina del país sumida en la pobreza, y sus ejércitos eran enormes, aunque todavía luchaban con lanzas, arcos y flechas, como siempre habían hecho. En consecuencia, los europeos se pasaron el siglo XIX humillando a los chinos, obligando al emperador a firmar tratados que les cedían el control de los puertos y, sobre todo, a aceptar enormes importaciones de opio de la India británica. Miles de chinos se volvieron adictos a la droga, y cuando su gobierno trató de acabar con el comercio de opio, los británicos y los franceses les declararon la guerra para detenerlos.

Los patriotas chinos creían que el país estaba indefenso ante los occidentales. Así que decidieron hacer algo al respecto. Crearon una sociedad secreta cuyo objetivo era expulsar a los extranjeros de China. Recibió el nombre de Sociedad de los Puños Armónicos, aunque los occidentales les llamaron los *bóxers*.

En 1900, los *bóxers* dieron su primer golpe: asesinaron a extranjeros y sitiaron sus consulados (un consulado es una especie de embajada en un país que no se considera lo bastante importante como para tener una de verdad, lo que ya te dice mucho de cómo veía Occidente a China). Los europeos, estadounidenses y japoneses organizaron una fuerza multinacional para derrotar a los *bóxers*. Los occidentales impusieron grandes pagos en concepto de reparaciones —una especie de compensación— al gobierno chino, y las tropas de las distintas

potencias ocuparon grandes áreas del país, incendiando aldeas y confiscando todo tipo de bienes.

El levantamiento de los bóxers originó entre muchos chinos un fuerte sentimiento de injusticia y de rabia hacia Occidente, que duraría hasta el final del siglo.

El tigre domesticado: la India

La India había sido la cuna del increíble Imperio mogol, pero en 1900 la ocupante del trono era la reina Victoria, que ostentaba la corona británica y poseía el título de emperatriz de la India.

Los británicos realizaron grandes inversiones en la India, construyeron ferrocarriles, fundaron escuelas y hospitales y proveyeron al país de todas las infraestructuras propias de un Estado moderno. En 1900, un creciente número de indios recibía una educación occidental y trabajaba en la administración o en los tribunales.

Cada diciembre, los grupos nacionalistas celebraban un Congreso Nacional de la India para reclamar que la población autóctona tuviera algo que decir en la gestión del país. Los indios todavía eran muy leales al Imperio británico —el congreso no reclamaba la independencia—, pero sabían de los avances conseguidos por los distintos grupos nacionalistas en Europa y reconocían que podían lograr los mismos objetivos. Los británicos no estaban en contra de conceder a los indios un papel más importante en el gobierno, sobre todo en las provincias, pero no se planteaban la posibilidad de entregarles el poder. Y es que los británicos consideraban que la India era una parte esencial de su imperio. De hecho, muchos británicos creían que si Gran Bretaña era una gran potencia se debía precisamente al control de la India, una opinión que comparten muchos historiadores.

El Meiji moderno: Japón

El Japón del siglo XIX parecía estar a punto de caer bajo la dominación occidental, tal y como había ocurrido con sus vecinos asiáticos. Como China, Japón era un país medieval. Estaba dominado por varios señores de la guerra que acumulaban un gran poder, los Shogun, quienes tenían la capacidad de rendir cuentas entre ellos, pero que no tenían nada que hacer contra los europeos y estadounidenses. En 1853, una flota estadounidense capitaneada por Matthew Perry atracó cerca de Tokio para abrir Japón al comercio occidental, como los británicos y los franceses habían hecho con China; parecía que Japón seguiría el mismo camino que el resto de Asia. Sin embargo, también había japo-

neses con la determinación necesaria para no permitir que su país acabase como una colonia occidental más.

En 1867, el emperador Meiji dio un golpe de Estado en Tokio y arrebató el poder a los Shogun. Utilizó sus nuevos poderes para aplicar en Japón una especie de curso intensivo sobre la industria y la cultura occidentales. Los diplomáticos japoneses viajaron por todo el mundo occidental aprendiendo sobre su industria, sociedad y, en especial, sobre su forma de hacer la guerra. Los japoneses decidieron incorporar todo lo posible de la cultura occidental, pero sin perder el contacto con la suya. En 1900, Japón era el único país asiático que había sido capaz de occidentalizarse sin convertirse en colonia. En este sentido, cuando en 1900 se produjo el levantamiento de los bóxers en China, los japoneses enviaron tropas para luchar al lado de los occidentales.

Ya puedes imaginarte lo que querían conseguir los japoneses a través de su programa de modernización: que Japón fuera aceptado como una gran potencia, al mismo nivel de las occidentales. Y como parecía que todos los occidentales creían que una gran potencia debía tener un imperio, los japoneses —que al fin y al cabo tenían un emperador— decidieron que también les gustaría tener el suyo.

Pusieron sus ojos en China. Solo tenían que cruzar el mar para encontrar las materias primas de las que carecían las islas del Japón. El único problema era saber si los poderes occidentales permitirían que los japoneses construyeran su propio imperio, lo que dependía de si los aceptaban como iguales. Muchos, en especial los rusos, no lo veían así, principalmente por una cuestión racial: era tan sencillo como que los europeos no creían que los asiáticos fueran como ellos. Pero en 1902 los japoneses asestaron un gran golpe: los británicos firmaron una alianza con Japón. Con una potencia tan importante de su lado, los japoneses pensaron que podrían vencer a cualquier país occidental que se atreviera a meterse con ellos. Y también tuvieron razón.

El nuevo imperio de Occidente: Estados Unidos de América

En 1900, el escritor británico Rudyard Kipling escribió su célebre poema “La carga del hombre blanco”, que evoca la imagen de un imperio viejo y cansado —o sea, Gran Bretaña— que delega la tarea de gobernar los pueblos menos avanzados del mundo (¡es la visión de Kipling, no la mía!) a una nueva potencia joven y fuerte, los Estados Unidos de América. Pero ¿era ese el papel que Estados Unidos quería atribuirse?

El nuevo mundo



RECUERDA

Para comprender cómo era Estados Unidos durante aquel periodo de la historia, hay que recordar que se trataba de un país muy diferente. Los estadounidenses podían hablar inglés, vestirse a la última moda europea y leer a los escritores del Viejo Continente, pero vivían en el nuevo mundo, no en el antiguo.

Por supuesto, el “nuevo mundo” es solo una frase: América es tan antigua como cualquier otra parte del planeta. Pero a los europeos que se establecieron en el continente americano años después de la llegada de Cristóbal Colón les gustaba creer que estaban creando una versión nueva y mejorada del mundo. Estaban convencidos de que su sociedad era más pura, feliz, libre e igualitaria que la que habían dejado atrás. Los esclavos de Latinoamérica tenían una visión diferente; en 1900, a la mayoría de los afroamericanos el discurso de que Estados Unidos era la tierra de la igualdad y la libertad les sonaba muy vacío. Pero, aun así, soñaban con ganarse la vida en Estados Unidos, y no pensaban en buscar una mayor libertad en otra parte.

El final de la frontera

Los estadounidenses se habían pasado una gran parte del siglo XIX explorando el interior del continente, con la idea de establecerse y trabajar la tierra, en una guerra constante con las tribus indias que vivían en lo que los blancos denominaban *la frontera*. La frontera era un lugar muy duro en el que, para sobrevivir, había que estar dispuesto a todo y tener suficientes recursos, y donde la ley estaba en mano de sheriffs y alguaciles armados que luchaban contra bandidos y pistoleros. A lo largo del siglo XIX, numerosos artistas y escritores evocaron el mito de la frontera oeste. Hasta 1890, porque en ese año se cerró la frontera. Oficialmente. Y así lo recoge el censo estadounidense. Las tribus nativas quedaron confinadas en reservas y todo el territorio norteamericano, de costa a costa, fue repoblado y reorganizado, por lo que literalmente ya no había fronteras: toda la tierra pertenecía a Estados Unidos.

Después de un siglo XIX marcado por problemas internos, la exploración y la colonización del Oeste y los debates sobre la esclavitud y la guerra civil, los Estados Unidos del siglo XIX buscaban su lugar en el mundo. Tan pronto como decidieran cuál sería ese lugar.

Las masas hacinadas

En pie, sobre su pedestal situado en la bocana del puerto de Nueva York, se yergue la estatua de la Libertad, que sostiene una antorcha con la que ilumina el mundo. En la base pueden leerse estas palabras:

Dadme a vuestros exhaustos, a vuestros humildes / a vuestras masas hacinadas que anhelan respirar libres, / los miserables desechos de vuestras atestadas orillas. / Enviadme a esos, a los vagabundos golpeados por la tormenta. / ¡Que yo levantaré mi antorcha junto a la dorada puerta!

Y a ella acudieron, a miles.

Cuando el viejo siglo se acercaba a su fin, miles de desheredados de toda Europa reunían todo el dinero que podían encontrar, metían sus posesiones en fardos y bolsas y emprendían el viaje a Estados Unidos, a menudo en peligrosos barcos que tenían vías de agua y exceso de pasaje, con el sueño de empezar una nueva vida: italianos y polacos que escapaban de una miseria asfixiante; judíos rusos que huían de las persecuciones; y otros que sencillamente buscaban una oportunidad que no habían encontrado en sus países de origen. Primero tenían que pasar por el centro de inmigrantes de la isla de Ellis y, de ahí, llegaban a Nueva York, que enseguida se convirtió en un lugar bullicioso, multilingüe y multicultural como nunca se había visto en cualquier ciudad moldeada a la británica. Los recién llegados tenían que lidiar con viviendas sucias y sobresaturadas, caseros sin escrúpulos y trabajos manuales muy duros. En cierto sentido, no vivían mejor que en sus países de origen, pero Estados Unidos ofrecía algo que Europa no tenía: un sueño.

De ricos...

En Estados Unidos —según decía aquel sueño— cualquiera que trabajara duro podía llegar a lo más alto. En Estados Unidos había ejemplos de inmigrantes que habían amasado grandes fortunas, como Andrew Carnegie (un escocés sin un céntimo que se convirtió en un industrial y filántropo increíblemente rico) y Henry Ford (hijo de emigrantes que revolucionó la industria del automóvil, y que también acabó forrado).

... y de pobres

Pero no todos los que llegaban a Estados Unidos disfrutaban del sueño americano. La mayoría de los emigrantes de primera generación vivían en la pobreza, trabajaban por salarios bajos y rodeados de miseria. Lo mismo podía decirse de los afroamericanos de tercera o cuarta generación.



ANÉCDOTA

Los trabajadores estadounidenses montaron sindicatos para proteger sus derechos e intereses, pero aquellas organizaciones nunca llegaron a tener el poder y la influencia de sus equivalentes europeos. Muchos empresarios, como Henry Ford, se negaban a reconocer la autoridad de los sindicatos, y algunos llegaron a contratar a espías para que informaran de sus reuniones, por no hablar de los matones a quienes pagaban para que las disolvieran. En ocasiones, el sueño americano podía volverse muy amargo.

¿Un imperio norteamericano?

Aunque los norteamericanos de hoy en día no son muy conscientes de ello, y por más que el presidente Theodore Roosevelt defendiera todo lo contrario, los Estados Unidos de 1900 eran una potencia imperialista. Estados Unidos había conquistado el Medio Oeste (quizá no veas la conquista de la frontera como una aventura expansionista, pero eso era), se había anexionado las islas de Hawái y había declarado la guerra a España para quedarse con casi todas las colonias que todavía controlaba, como Filipinas, Puerto Rico, Guam y Cuba. Y a otras potencias imperialistas y expansionistas les parecía estupendo.



ADVERTENCIA

Los historiadores estadounidenses actuales suelen defender que eran un poder antiimperialista y que sus posesiones no eran colonias en el sentido estricto de la palabra, como sí lo eran los territorios de ultramar de los europeos. En cambio, los historiadores europeos afirman que es muy fácil reconocer un imperio cuando aparece, y que Estados Unidos cumplía todos los requisitos. Probablemente sea imposible conciliar ambos puntos de vista: hay que aceptar que existen distintas perspectivas sobre la cuestión. Lo que importa es que, a principios del siglo xx, Estados Unidos estaba en una posición extraña: recelaba de los imperialistas europeos, pero como era una potencia global, tampoco podía ignorarlos.

Los nuevos vecinos: Canadá, Terranova, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica

Los europeos justificaban la existencia de sus imperios alegando que solo se dedicaban a cuidar de los habitantes de sus colonias hasta que madurasen lo suficiente como para irse de casa y asumir sus responsabilidades (mejor paso por alto que todos aquellos territorios habían sido muy felices gobernándose a sí mismos durante siglos, porque si no nunca terminaré este capítulo). Si pidieras a los europeos de enton-

ces que te pusieran algún ejemplo de un territorio que ya había madurado lo suficiente como para gobernarse a sí mismo, señalarían con orgullo a un grupo cada vez más numeroso de colonias británicas que se estaban transformando en regiones autónomas llamadas *dominios*:

- » Las distintas colonias de **Australia** se unieron y formaron la autónoma Commonwealth (o sea, el dominio) de Australia en 1901.
- » **Canadá** se convirtió en un dominio autónomo en 1867.
- » **Terranova** siguió separada de Canadá y se convirtió en un dominio autónomo en 1907.
- » **Nueva Zelanda** se convirtió en un dominio autónomo en 1907.
- » **Sudáfrica**, tanto la zona anglófona como la afrikáner, se convirtió en un dominio autónomo en 1910.

Es posible que detectes un patrón. Todas estas colonias contaban con importantes poblaciones de colonos de origen blanco y europeo. ¿Te parece que solo los blancos se consideraban lo suficientemente maduros como para gobernarse a sí mismos? Pues sí, y así lo veían también los nacionalistas de la India y de África.

Todos estos países se sentían orgullosos de su nueva nacionalidad, con sus propias banderas, capitales y parlamentos electos, pero al mismo tiempo se consideraban tan británicos como la gente de Liverpool o Edimburgo, y se sentían orgullosos de serlo; de hecho, en muchos sentidos, los británicos aún consideraban a canadienses, terranovenses, australianos y neozelandeses como su propia gente. Y esto significaba que las disputas y guerras de Gran Bretaña eran también sus disputas y guerras. En la guerra de los bóeres, en pleno apogeo durante el cambio de siglo, había unidades de todos aquellos dominios y colonias luchando en el lado británico. Pero ¿por cuánto tiempo podrían los británicos considerar estas nuevas naciones como extensión de su país?

África repartida

En 1884, Berlín se convirtió, en la práctica, en la capital de todo el continente africano. Aquel año los representantes de las grandes potencias europeas se reunieron en la ciudad para repartirse África, para que cualquiera que quisiera un territorio en el continente pudiera conseguirlo sin fastidiar a sus vecinos. Y seguro que ya te lo imaginas: en la conferencia no había ni un africano.

Lo que siguió a continuación fue una disparatada apropiación de territorios, denominada el *Reparto de África*, por parte de las potencias europeas, con la esperanza de poner sus zarpas sobre los mejores trozos del continente, aunque algunos tuvieron bastante con quedarse con lo que fuera, incluso con el desierto del Sáhara, siempre y cuando pudieran plantar su bandera y pintarlo de su color en los mapas. En 1900, solo dos Estados del continente africano habían podido escapar de las garras de los europeos: Liberia, que estaba bajo protección de Estados Unidos, y Etiopía (también llamada Abisinia), que había conseguido derrotar a las fuerzas expedicionarias italianas.



RECUERDA

El Reparto de África fue el origen de una serie de peligrosos conflictos y rivalidades entre las potencias coloniales europeas que tendrían importantes consecuencias cuando estallara la guerra en 1914.

¡Fastidia a los franceses! ¡Y fastídalos otra vez!

El Reparto de África tiene su origen en la invasión británica de Egipto de 1882. Aquella invasión molestó mucho a los franceses (tampoco fue del agrado de los egipcios), que consideraban Egipto su territorio privado desde los tiempos de las Cruzadas. Fastidiar a los franceses siempre añadía un poco de diversión a cualquier empresa que lanzasen los británicos, y años después, en 1898, aquella invasión de Egipto les dio otra oportunidad de enfurecerlos aún más. Como Egipto había perdido el control de Sudán, en 1898 un ejército anglo-egipcio comandado por el general Kitchener entró en el territorio y reconquistó el país. Egipto estaba gobernado por Gran Bretaña, así que la invasión implicaba que ahora también controlaba Sudán.

LOS EUROPEOS: ¿LIBERTADORES U OPRESORES?

A los europeos les encantaba decir que estaban liberando a los africanos de la opresión y la esclavitud, y en algunos casos era verdad. Sin embargo, muchos africanos sufrieron una agonía en manos de sus nuevos amos. Por ejemplo, los soldados a las órdenes del rey Leopoldo II de Bélgica recurrieron a las violaciones y mutilaciones a gran escala para obligar a los congoleños a trabajar para ellos, y en el África del Sudoeste alemán los colonizadores sofocaron la Revuelta de los hereros, abandonándolos en mitad del desierto, donde miles murieron de sed.

Justo entonces, una pequeña expedición francesa llegó al Sudán y se enfrentó a Kitchener en una zona en medio de la nada llamada Fashoda. Los franceses intentaron alegar que los británicos estaban entrando en su territorio y, durante una temporada, la prensa gala pedía a gritos una guerra abierta contra la “pérfida Albión”, hasta que no quedó otra que calmar los ánimos y poner un poco de sentido común: no valía la pena empezar una guerra a gran escala para ver quién controlaba el desierto del Sudán.



RECUERDA

El miedo a una guerra por el incidente de Fashoda obligó a británicos y franceses a replantearse su relación en África. El resultado fue un acuerdo —la palabra francesa fue *entente*— entre las dos potencias que se parecía mucho a una alianza. La entente sería un factor decisivo para que estallara la guerra en 1914.

Ahí vienen los alemanes... a la fuerza

Al principio, los protagonistas del Reparto de África fueron los británicos, los franceses, los italianos y los belgas. El gobierno alemán no parecía muy interesado. Pero todo cambió a partir de 1890, y los alemanes empezaron a meterse con todo el mundo, invadiendo el África occidental (Togo y Camerún), el África oriental (Tanganica) y el África del Sudoeste. Este repentino cambio en la política alemana preocupó al resto de los europeos: ¿por qué había ocurrido y cuál sería el próximo objetivo de la expansión alemana?

Ahí vienen los italianos... nos quedamos un trozo del norte de África

Los italianos acababan de crear su propio Estado nación en 1870 (de hecho, aún no habían acabado porque les faltaba el Vaticano, pero no voy a quejarme por eso) y querían demostrar al resto del mundo que también eran una gran potencia y que podían jugar con los mayores. Y como parecía que todos los mayores tenían colonias en África, los italianos decidieron que querían una para ellos.

Empezaron entrando en Somalia y Eritrea, y en 1896 se lanzaron a la invasión del antiguo reino de Etiopía. Pero la aventura no salió como habían planeado: los etíopes destrozaron a los italianos en la batalla de Adowa. Así que aparcaron la idea de conquistar Etiopía y, en su lugar, se fijaron en Trípoli, en el norte de África. Trípoli pertenecía al Imperio otomano, y después de perder contra los etíopes, los italianos estaban un poco nerviosos por la posibilidad de tener que enfrentarse a los turcos, por no mencionar a los franceses, que gobernaban Argelia y que ya se habían fijado en Túnez y Marruecos. ¿Recibirían la conquista italiana de Trípoli con los brazos abiertos?

Esta rivalidad internacional en el norte de África contribuiría a aumentar las sospechas y tensiones que llevaron a la guerra en 1914.

Los británicos y los bóeres

Al empezar el nuevo siglo ya había una importante guerra en marcha entre los británicos y las dos repúblicas bóeres (o sea, holandesas) del sur de África. La guerra había empezado muy bien para los bóeres, mientras que era un desastre para los británicos, hasta que en 1900 estos últimos recobraron el aliento y derrotaron a los ejércitos africanos en el campo de batalla. Las fuerzas británicas entraron en las capitales de ambas repúblicas, y todo parecía indicar que pronto proclamarían aquello de “misión cumplida”. Incluso empezaron a enviar al grueso de sus tropas de vuelta a casa. Pero la misión no estaba cumplida; ni de lejos.

Un grupo de militares bóeres puso en marcha una guerra de guerrillas con incursiones en territorio enemigo y emboscadas a las patrullas británicas para mantener viva la resistencia. Lo que ocurrió a continuación sigue causando una gran controversia y acabó teniendo una enorme importancia durante la Primera Guerra Mundial y el resto del siglo xx. El comandante británico, lord Kitchener, se enfrentaba a un problema: la guerrilla bóer conocía el terreno mejor que los británicos, por lo que no tenía sentido meterse en las montañas para acabar con la resistencia. Por otro lado, la guerrilla dependía del apoyo de los civiles para conseguir comida, medicamentos y dinero para las armas y municiones. Así que Kitchener diseñó un plan con tres líneas de acción para derrotar a los comandos. Te lo advierto: fue despiadado.



CULTURA
GENERAL

- » **Alambre de espino.** Creado para las praderas norteamericanas, resultó igual de efectivo al desplegarse en el altiplano sudafricano con la idea de entorpecer la capacidad de la guerrilla para moverse con libertad.
- » **Tierra quemada.** Para impedir que la guerrilla pudiera encontrar provisiones, los británicos se dedicaron a quemar todas las granjas del altiplano y destruyeron todos los sembrados que pudieron encontrar. Simple, efectivo... y despiadado.
- » **Campos de concentración.** Los propietarios de las granjas que habían sido destruidas tenían que ir a alguna parte, así que los británicos los reunieron en campos de concentración levantados a toda prisa; no eran campos de prisioneros como los nazis, pero resultaban letales. Nadie pensó en dotarlos de unas mínimas condiciones de higiene, y la tasa de mortalidad, sobre todo entre los niños, rondaba sobre los 2.000 muertos... al mes.

Los despiadados métodos de Kitchener funcionaron, pero el precio a pagar por la victoria fue terrible.



RECUERDA

La guerra de los bóeres dejó algunas lecciones de gran trascendencia, que se acabarían de desarrollar en la Primera Guerra Mundial. Demostró la importancia de la precisión en el momento de abrir fuego de fusilería y de contar con un buen sistema de comunicaciones; demostró la letalidad de un simple alambre de espino; y, sobre todo, demostró que, en ocasiones, la victoria cae del bando que está dispuesto a pagar cualquier precio para ganar, por inhumano que sea.

Cómo vivía la gente: un mundo de extremos

En muchos sentidos, el mundo anterior a 1914 no era muy distinto del actual, sobre todo a partir de que los coches empezaron a tomar las calles. Si fueras capaz de viajar en el tiempo, descubrirías que aquel mundo tenía unos contrastes más extremos de lo que cualquiera podría esperar.

Guerreros urbanos: las ciudades del mundo

El mundo de 1800 era rural, salvo en ciertas áreas industrializadas de Gran Bretaña, pero para 1900 las principales ciudades de Europa y las Américas eran grandes metrópolis industrializadas conectadas por líneas de telégrafo y ferrocarril. Disponían de grandes estaciones de tren profusamente ornamentadas (en 1900 algunas ya tenían líneas de metro) y las vigas de acero permitían construir edificios más altos que en tiempos pasados. Las calles estaban tan congestionadas por el tráfico de los carros de caballos como lo estarían pocos años más tarde por los atascos de los automóviles de gasolina, pero también es cierto que las ciudades empezaban a estar mejor planificadas, con parques y espacios abiertos donde la gente podía respirar aire puro y hacer ejercicio. Se construían hospitales dirigidos por médicos de verdad. La gente podía salir a ver escaparates: los primeros años del siglo xx verían la llegada de los grandes almacenes, como Selfridge's en Londres y La Samaritaine en París. Aparte del tráfico de caballos y de la moda femenina, la vida en aquellas ciudades nos resultaría muy familiar.

Lo que nos parecería menos familiar es el enorme contraste entre los barrios ricos y pobres. Para hacerte una idea, olvídate de las actuales

Londres o Nueva York y piensa en Bombay o Río de Janeiro, con su combinación de edificios ostentosos y barrios de chabolas. El líder soviético Vladimir Lenin escribió que, cuando vivía en Londres, su mujer y él salían a dar paseos al atardecer. Observaban las preciosas casas de los ricos, donde podían ver que se celebraban opulentas fiestas, y entonces, al dar la vuelta a la esquina, se encontraban en otro mundo: callejones oscuros y mugrientos donde la gente vestía con harapos, a menudo sin zapatos, y con una esperanza de vida inferior a la de sus vecinos ricos. El estadista británico Benjamin Disraeli describió a ricos y pobres como si fueran dos países diferentes, sin nada en común; y Lenin y su mujer entendieron perfectamente lo que quería decir.

Las respetables clases medias

Localizar a las clases medias era sencillo: eran aquellos que cogían el tren o el tranvía en hora punta para ir al trabajo, o quienes iban a la iglesia los domingos por la mañana y se daban un paseo por la tarde. La clase media-alta estaba formada por los profesionales liberales —abogados, funcionarios, banqueros y corredores de bolsa— que mantenían la economía boyante y el gobierno en marcha. La clase media-baja estaba compuesta por mandos intermedios, oficinistas y cajeros que materializaban las decisiones de sus jefes.

Es muy fácil reírse de las clases medias, con su obsesión por la apariencia y la respetabilidad, pero sin ellas nunca se hubieran hecho realidad los enormes cambios del siglo xx.

LOS BARRIOS BAJOS PERJUDICAN SERIAMENTE LA SALUD... Y LA EFICIENCIA MILITAR

En 1899, cuando estalló la guerra de los bóeres, los británicos sufrieron una terrible conmoción. Miles de jóvenes patriotas se ofrecieron voluntarios para ir a Sudáfrica, pero cuando llegó el momento de pasar la revisión médica militar, cerca de una tercera parte —en algunas áreas, la mitad— no resultaban aptos para el combate. Aquellos hombres eran el producto de la vida insalubre de los barrios bajos de las ciudades británicas. Una dura lección sobre la importancia de mejorar las condiciones de vida en las grandes ciudades industriales, por el bien de todos.

Proletarios del mundo

La industria creó una clase social completamente nueva, el proletariado industrial, que vivía en suburbios mugrientos y superpoblados, y que trabajaba en las peligrosas minas y en las fábricas que lideraban la economía que tanto había enriquecido a los países occidentales. Para 1900, esta nueva clase social había empezado a organizarse en sindicatos y partidos políticos. Los socialistas pedían a los proletarios del mundo que se unieran y trabajaran juntos para conseguir mejores salarios y condiciones laborales; y unos cuantos los animaban a iniciar una revolución y derrocar el sistema que los condenaba a una pobreza espantosa. En algunos países, como Rusia y Estados Unidos, los sindicatos se toparon con la contundente oposición de empresarios y autoridades, pero los partidos socialistas de todos los países occidentales no dejaron de crecer. En 1913, los socialistas se convirtieron en el primer partido del Reichstag, el parlamento alemán.

Según la doctrina socialista de Karl Marx, los trabajadores debían identificarse por completo con su clase social: su nacionalidad era irrelevante. En otras palabras, los trabajadores italianos compartían una identidad común con los trabajadores de Rusia, Argentina, Gales o de donde fuera, y debían ser hostiles a las clases medias y altas de sus propios países. La puesta en práctica de esta idea se produciría cuando sus naciones entraran en guerra. ¿Se negarían los trabajadores a luchar contra sus iguales del resto de los países, o el patriotismo pasaría por delante y la solidaridad obrera se convertiría en algo secundario? Hasta que no estallara una gran guerra, nadie sabría la respuesta a esta pregunta.

Gente de campo: vivir de la tierra

En 1900 no todo el mundo vivía en las ciudades: hasta los países industrializados dependían del campo para alimentar a sus poblaciones urbanas. La ciudades requerían un suministro constante de alimentos, tejidos, tabaco, café, caucho y una amplísima gama de productos que solo podían producirse en granjas y plantaciones. Así, bajo la vida urbana se extendía una vasta infraestructura global de granjas y plantaciones. Los nuevos barcos refrigerados permitían que las reses sacrificadas en Argentina o Nueva Zelanda terminaran en las mesas de los restaurantes de París o Viena. El caucho podía extraerse en el Congo o Malasia y transformarse en neumáticos o correas de transmisión para las fábricas de motores de Detroit o Birmingham.



CULTURA
GENERAL

A pesar de la enorme demanda de productos agrícolas, todavía se araba la tierra y se recogían las cosechas con unos métodos que un campesino medieval hubiera reconocido. Sin embargo, en Estados Unidos ya se habían producido ciertos cambios que parecían ser bastante prácticos: los granjeros del Medio Oeste fueron pioneros en el uso de alambradas para proteger sus cosechas del ganado, y también probaron los primeros tractores motorizados con orugas para atravesar un terreno irregular. Estas dos ideas encontrarían una aplicación militar en la Primera Guerra Mundial.

Cómo pensaba (cierta) gente: ideas nuevas para un mundo nuevo

Los historiadores recurren al término francés *fin de siècle* para referirse a la última década del siglo XIX. Literalmente significa ‘fin de siglo’, pero también implica el final del viejo orden, de un mundo que termina. En cierto modo, el nacimiento de este concepto se explica porque los historiadores de hoy saben, como es evidente, que la Primera Guerra Mundial ya se adivinaba en el horizonte, pero también hace referencia a una serie de ideas nuevas y radicales —y, para el orden establecido, inquietantes— que empezaban a aparecer a medida que el viejo mundo llegaba a su fin.

Es arte y música, pero no como hasta ahora

En el cambiante mundo del siglo XIX, la gente todavía podía confiar en algunas certezas: si contemplabas un cuadro, por ejemplo, sabías lo que quería decir, y la música contenía melodías que podías tararear, como la alegre opereta *La viuda alegre* de Franz Lehár o las patrióticas y emotivas canciones de Edward Elgar.

Pero otros artistas y músicos parecían dispuestos a darle la vuelta a todas aquellas certezas. Por ejemplo, Henri Matisse, el pintor francés, lideró una nueva corriente que apostaba por los colores vivos, artificialmente llamativos, y que daría pie a que un crítico denominara a sus seguidores *les fauves* (‘las bestias salvajes’). En 1905, el artista español Pablo Picasso escandalizó al mundo del arte con un cuadro de

un grupo de prostitutas desnudas titulado *Les Demoiselles d'Avignon* (o sea, mmm, *Las señoritas de la calle Aviñón*). Lo que causó gran sorpresa no fue el tema, sino la forma de retratarlas: en la izquierda del cuadro son más o menos figurativas, pero enseguida la cosa se pone más abstracta, hasta que la señorita de la derecha se convierte en un conjunto de formas rematadas con algo parecido a una máscara tribal africana (me imagino que la chica no volvió a posar para él). El compositor ruso Igor Stravinski provocó serios disturbios cuando estrenó su ballet *La consagración de la primavera* en el París de 1913. Está ambientado en la Rusia precristiana y muestra a una joven bailarina que baila hasta caer muerta siguiendo un ritmo cada vez más enloquecido y salvaje para contentar a los dioses y alimentar las cosechas de su tribu.

Estos artistas y escritores cuestionaban el tradicional sentimiento europeo de superioridad buscando ideas e inspiración en el arte y las tradiciones que no provenían de Occidente; en otras palabras, de culturas que la mayoría de los europeos consideraban salvajes e inferiores. Para algunos, los nuevos movimientos artísticos suponían una excitante huida de los estilos aburridos y predecibles con los que habían crecido; pero, para otros, estos nuevos estilos eran peligrosos: todo un rechazo a la civilización europea.

Los secretos de la mente: Freud, Jung y el psicoanálisis

En 1901, un médico austríaco llamado Sigmund Freud publicó un libro con el enigmático título de *La interpretación de los sueños*. Interpretar los sueños es algo tan antiguo como la Biblia, pero Freud tenía algo nuevo y sorprendente que decir. A partir de cientos de entrevistas con sus pacientes, a quienes pedía que se tumbaran en un diván para que se abrieran con mayor facilidad, Freud afirmó que los sueños reflejan el subconsciente, y que ese subconsciente se pasa la mayor parte del tiempo pensando en sexo. Y no solo fantasías adolescentes, sino más bien deseos sexuales reprimidos para papás y mamás. Freud decía que hasta los objetos más inofensivos que aparecían en los sueños tenían connotaciones sexuales.

Mientras tanto, otro médico, Carl Jung, trabajaba con pacientes psiquiátricos en un hospital de Zúrich con la idea de llevar aún más lejos el estudio del subconsciente. Jung creía que las personas tenemos dos niveles en el subconsciente: uno individual y otro colectivo, comparado por todos los integrantes de una cultura.



RECUERDA

Para muchas personas, estas nuevas ciencias, la psicología y el psicoanálisis, eran tan perturbadoras como apasionantes. A mucha gente le gusta la idea de ser descodificada o analizada, pero el trabajo de Freud también sugería que, bajo la civilizada y culta superficie del *fin de siècle* europeo, yacían deseos y emociones salvajes y primitivos. Este punto adquiriría una gran relevancia al tratar de entender el advenimiento de la Primera Guerra Mundial.

El intrigante mundo de la física

Como si deconstruir el arte y la música y descifrar la mente no fuera suficiente, los científicos del cambio de siglo estaban estudiando y cambiando la configuración del universo. La física era la ciencia más excitante en la que podías sentirte involucrado en el año 1900. La vertiente más práctica de la física era el estudio de los átomos, los electrones y las moléculas, los ladrillos de la vida y la materia. Entre las figuras clave se encontraban Pierre y Marie Curie, que estudiaban la naturaleza de la radiación, y Ernest Rutherford, que investigaba la estructura del átomo y que luego supervisaría su descomposición y el desarrollo de la energía atómica.

Aún tendría más repercusión la publicación, en 1905, de la teoría de Albert Einstein sobre la estructura del universo y su relación con la luz que podemos percibir. Einstein presentó la idea de que, en determinadas circunstancias, como las que pueden existir en el espacio, las leyes de la gravedad y el movimiento (que parecían definitivas desde que Newton las redactara doscientos años antes) no eran fijas, sino relativas. La energía, afirmaba Einstein, era igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado. $E = mc^2$, como dirían los relativistas.

Cuando llega la revolución...

Con tantas ideas nuevas revoloteando al mismo tiempo, no debería sorprender que existieran numerosos grupos revolucionarios en activo en la Europa de 1900. Algunos eran socialistas y tenían el objetivo de acabar con la sociedad vigente y reconstruirla según la teoría marxista; otros eran nacionalistas, y querían crear sus propios Estados nación; y también los había anarquistas, quienes no creían en las leyes y querían destruir el Estado, no crear el suyo. Al margen de una revolución en Rusia en 1905 (que no llegó muy lejos), todos estos movimientos tuvieron pocas oportunidades de hacer realidad sus ideas en los años previos a la Primera Guerra Mundial, por lo que dedicaron sus energías a escribir incontables panfletos y a perderse en sus propias luchas internas. Pero sabían que algún día llegaría su hora.

Apañarse con lo que hay: construir un mundo mejor

Mientras unos grupos soñaban con derrocar el viejo orden mundial y construir uno nuevo, otros estaban más interesados en mejorar el sistema existente.

La Cruz Roja

La Cruz Roja fue la creación de Henry Dunant, un suizo que se había quedado muy impactado tras descubrir la ausencia de instalaciones adecuadas para los heridos en una batalla entre franceses y austriacos en 1859. En un principio, la Cruz Roja se creó para ofrecer un servicio de ambulancias en el campo de batalla, pero en 1864 su comité internacional redactó la primera Convención de Ginebra con la idea de establecer unas mínimas reglas de humanidad que debían seguirse en caso de guerra, y trató de convencer a los distintos gobiernos para que se adhirieran a ellas. La Convención de Ginebra se ampliaría en 1907, con normas para tratar a los prisioneros de guerra y la definición de la Cruz Roja como una organización humanitaria y neutral que todos los contendientes debían respetar, incluso en el fragor de la batalla.

Las Convenciones de La Haya

En 1899, los gobiernos de todo el mundo enviaron a sus representantes a La Haya para redactar un acuerdo internacional que fijara una serie de normas que debían seguirse en caso de guerra. Acordaron un conjunto de reglas para ofrecer un trato correcto a los prisioneros de guerra y prohibieron ciertos tipos de armas que consideraban inhumanas, como:

- » **Los bombardeos aéreos.** En un tiempo en que los aviones apenas habían empezado a volar, resultaba muy avanzado y previsor que los firmantes de la convención consideraran el lanzamiento de bombas desde globos aerostáticos o aviones. Como ocurría con las armas químicas, se creía que era una forma inhumana de luchar, en particular porque no había forma de seleccionar a quién podían matar.
- » **Las balas expansivas.** Este tipo de balas se expanden tras penetrar en el cuerpo, por lo que un solo proyectil puede

destripar a una persona. En la guerra de los bóeres, las utilizaron ambos bandos.

» **Los gases tóxicos.** A medida que avanzaba la industria química, cada vez era más evidente que sería posible utilizar ciertos compuestos como armas. La mayoría pensaba que se trataba de un arma inhumana y traicionera, aunque otros no estaban tan de acuerdo. Cuando estalló la guerra en 1914, los otros se salieron con la suya.

En 1907, los representantes de las grandes potencias añadieron varias cláusulas adicionales para incluir la guerra naval, como aquellas que detallaban los pasos para rescatar a la tripulación de los barcos mercantes hundidos.



RECUERDA

Las Convenciones de La Haya representaron un extraordinario intento de controlar el poderío militar e industrial con el que ya contaban las grandes potencias. Por desgracia, y como habrás adivinado, tuvieron muy poca influencia en la Primera Guerra Mundial, sobre todo en sus primeros compases. De los tres tipos de armas prohibidas, los beligerantes solo respetaron la prohibición de las balas expansivas.